

Azabache la lluvia llenaría las bocas  
tras una pira en el cielo de oriente,  
tras una explosión dorada en las retinas.  
Los cuerpos arrasados como urbes,  
los andamios de carne derretidos.  
Habría niños devorados por la muerte,  
y perros aullando en las aceras;  
el relieve marítimo del viento  
mojaría entonces las muecas funerarias,  
las fragmentadas aristas de los huesos.  
Y los cadáveres bíblicos, casi muertos,  
como equilibristas ciegos  
levitarían,  
sorteando absurdos el rigor de los océanos.  
Como un hongo oscuro de humo,  
como una granada bermeja y abierta,  
de una herida en la tierra  
origamis alados fueron testigos.

Yo los vi abrazarse bajo el fuego,  
unirse bajo el peso homicida  
de la historia.  
Aquellos que igual que ciudades se aman  
soportan el recuerdo, cimentan la memoria,  
sobre los Atlas duros de las vértebras.  
*Nevers e Hiroshima* incendiadas,  
fundidas por la lava tóxica de los pechos:  
miles de soles abrasan sus venas,  
las calles de su sangre,  
el hierro blando de sus vidas.  
Las huellas del desastre allá en sus labios  
proyectan edificios destruidos,  
naufragios de andamiajes y de órganos.  
Sobre el recuerdo su amor de museo  
edificado, su amor urbano y radiactivo,  
hecho reliquia triste, muerta ruina.  
El horror del olvido coronará sus sienes,  
cenizas poblarán  
la Ilión ilustre de sus miradas,  
y ni un Príamo ni origami  
recordará jamás aquel incendio.